

Signos de la Divinidad

E. Edward Zinke

Después de sanar al hombre que había estado inválido durante treinta y ocho años, Jesús cruzó el mar de Galilea, y una gran multitud lo siguió. Era el tiempo de la Pascua, la conmemoración del éxodo de Israel de Egipto, y Jesús aprovechó este momento para vincularse con Moisés, el gran libertador del Antiguo Testamento. Continuando hacia la ladera de una colina, Jesús enseñó a la gente durante todo el día (Mateo 14:13-21), y a medida que se acercaba el final del día, supo que la gran multitud necesitaría comida.

Así que Jesús se volvió hacia Felipe y le preguntó dónde podían comprar pan. Entonces Andrés, otro discípulo, que oyó esta conversación, señaló a un muchacho que había traído su propio almuerzo de cinco amos de cebada y dos pescados. Era lastimosamente inadecuado para alimentar a unas pocas personas, y mucho menos a la multitud de más de cinco mil. Sin embargo, Jesús les pidió que se sentaran en la ladera cubierta de hierba.

Jesús dio gracias y comenzó a partir el pan y los peces. Los discípulos tomaron la comida y comenzaron a distribuirla a la multitud. El almuerzo de este pequeño continuó multiplicándose hasta que todos fueron alimentados. ¡Y se recogieron doce cestas de sobras!

Entonces los hombres, que habían visto las señales que Jesús hacía, dijeron: "Este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo" (Juan 6:14). Pero no solo buscaban un profeta, sino también un rey. ¡Imagínese a un rey que pudiera realizar milagros, liderar sus ejércitos y liberarlos de los romanos! En tiempos de guerra, la comida es un recurso escaso, y curar a los guerreros heridos es una alta prioridad. Desafortunadamente, sus esperanzas de un rey no coincidían con el plan de Dios para un Mesías. Jesús percibió que estaban a punto de tomarlo por aclamación y hacerlo rey y, poco después, se fue al otro lado del lago para evitarlos.

Uno de los temas del Evangelio de Juan es que Jesús conoce el pensamiento y la intención humana. Esto se ilustra en la conversación con

la multitud cuando se encontraron con Jesús al día siguiente. Reconociendo su objetivo, tomó el control de la conversación, diciendo: "No trabajéis por el alimento que perece, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el cual el Hijo del Hombre os dará, porque Dios el Padre ha puesto su sello sobre él" (versículo 27).

La multitud preguntaba cómo podían hacer las obras de Dios. Jesús respondió: "Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien él envió" (versículo 29).

Entonces la multitud preguntó: "¿Qué señal harás, pues, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué trabajo harás? Nuestros padres comieron el maná en el desierto; como está escrito: 'Les dio a comer pan del cielo'" (versículos 30, 31).

¡Imaginar! Jesús acababa de alimentar a los cinco mil el día anterior, ¡y ahora pedían una señal para que pudieran creer! La lección es ineludible: creemos, y entonces vemos los milagros. La fe no se basa en la verificación empírica. Vemos milagros cuando venimos con ojos de fe. Este milagro de alimentar a los cinco mil ayuda a Juan a argumentar que Jesús, el humilde carpintero, es realmente el Mesías prometido.

El hombre ciego de nacimiento

La siguiente señal de divinidad se encuentra en Juan 9. Un día, mientras Jesús y sus discípulos caminaban, pasaron junto a un hombre que había sido ciego de nacimiento. Esto planteó una seria pregunta en la mente de los discípulos. ¿Quién pecó, este hombre o sus padres? En la historia se mencionan cuatro posibilidades.

Los discípulos pensaron que el ciego o sus padres habían pecado (versículo 2). Los fariseos pensaban que Jesús era el pecador (versículo 24). Y Jesús declaró que los fariseos eran los pecadores debido a su ceguera espiritual al rechazarlo (versículos 40, 41).

Compadeciéndose del ciego, Jesús le puso barro en los ojos y le dijo que se lavara en el estanque de Siloé. El hombre fue sanado, y las obras de Dios fueron reveladas en este milagro. Sin embargo, Jesús no cumplió con las expectativas del Mesías porque realizó este milagro en el día de reposo.

Esta curación en sábado causó no poco revuelo. Se hizo mucho esfuerzo para descubrir si el hombre que había sido sanado realmente había nacido ciego y, si lo había sido, quién lo había sanado. ¿Y dónde estaba la Persona que lo había sanado? El Sanador seguramente no podía ser de Dios porque

sanaba en sábado. Pero algunos de los fariseos decían que Él no podía hacer tales cosas si Él era *no* de Dios.

Esforzándose por obtener respuestas a sus preguntas, los fariseos decidieron preguntar a los padres del hombre sanado si había nacido ciego. Sus padres confirmaron que era ciego de nacimiento, pero en cuanto a cómo se curó, no lo sabían.

Los fariseos regresaron al hombre para darle detalles sobre su curación. Le preguntaron qué había hecho su curandero para devolverle la vista. Él les respondió secamente, recordándoles que le habían preguntado sobre esto antes. ¿Por qué hacían preguntas de seguimiento? El hombre curado preguntó entonces, usando ironía y algo de ingenio rápido, si los fariseos también estaban pensando en convertirse en discípulos de este sanador.

Los fariseos respondieron sarcásticamente que el hombre podría ser un discípulo de Jesús, pero eran discípulos de Moisés, es decir, seguidores de las leyes y tradiciones establecidas desde los tiempos de Moisés. Le recordaron que Dios le había hablado a Moisés, pero no estaban seguros de dónde provenía la autoridad de este nuevo Sanador.

La respuesta del hombre sanado fue en el mismo tono: ¿Cómo podía estar en duda la autoridad de alguien que había realizado tal milagro? Seguramente, si alguien pudo sanar a una persona de ceguera, debe ser el resultado de la relación del sanador con Dios.

Los fariseos estaban horrorizados. ¿Cómo podía este hombre ignorante atreverse a cuestionar su autoridad?

Algún tiempo después, Jesús se encontró de nuevo con el hombre sanado, aunque el hombre no lo reconoció como su sanador al principio. Jesús le preguntó si creía en el Hijo de Dios, y el hombre respondió que creería si alguna vez se encontrara con el Hijo de Dios.

En este momento, Jesús se identificó ante el hombre ciego de nacimiento como su Sanador, y como el Hijo de Dios.

Y el hombre declaró: "¡Creo!"

Jesús dijo con tristeza que había otros que estaban ciegos a su afirmación de ser el Hijo de Dios.

El relato de esta señal de la curación del ciego le da a Juan la oportunidad de decirnos quién es Jesús. Él es el único que puede vencer la ceguera.

El tema de las señales en Juan 9 se cruza con varios otros temas en el Evangelio de Juan. En este milagro, Juan reafirma que Jesús es el SOY YO

(la Luz del mundo) (versículo 5). También se ocupa del misterioso origen de Jesús: ¿Quién es Él? ¿De dónde es? ¿Cuál es su misión? (versículos 12, 29). La figura de Moisés, mencionada en relatos de milagros anteriores, es nuevamente referenciada por los fariseos en la curación del ciego (versículos 28, 29). También está el tema de la respuesta de los oyentes de Cristo. Algunos amaban más las tinieblas que la luz, mientras que otros respondían con fe (versículos 16-18, 35-41).

La resurrección de Lázaro

La alimentación de los cinco mil y la curación del ciego fueron milagros tremendos, pero aparte de la resurrección de Cristo, la resurrección de Lázaro fue el signo supremo de la divinidad de Cristo. Este milagro también puso de relieve la división que se produjo; algunos creían en Cristo, mientras que muchos otros dudaban. Incluso mientras se desarrollaba la resurrección de Lázaro, los escépticos comenzaron a planear la muerte de Cristo.

Nótese las similitudes entre la resurrección de Lázaro y la curación del ciego. Tanto la ceguera del hombre como la enfermedad de Lázaro fueron permitidas para que la gloria de Dios fuera revelada a través de su sanidad. Es el lenguaje de los tres versículos lo que une los dos milagros: En el caso del ciego, "Ni éste pecó ni sus padres, sino que el *las obras de Dios deben ser reveladas* en él" (Juan 9:3; cursiva agregada). Y Jesús dijo lo siguiente acerca de Lázaro. "Esta enfermedad no es para la muerte, sino *para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado* a través de ella" (Juan 11:4; cursiva agregada). (El versículo 40 hace eco del versículo 4.) Ambos milagros revelaron la gloria de Dios (Juan 9:3; 11:4, 40).

Llegó la noticia a Cristo y a los discípulos de que Lázaro estaba gravemente enfermo y posiblemente cerca de la muerte. En lugar de ir a Lázaro inmediatamente, Jesús retrasó su partida durante dos días. Los discípulos se sorprendieron, primero, de que Jesús no se fuera de inmediato, y segundo, de que decidiera irse dos días después. Tal viaje era peligroso, porque las autoridades buscaban matar a Jesús. ¿Por qué correr el riesgo de este peligroso viaje si la condición de Lázaro no era grave? Pero Jesús explicó que estaría protegido porque aún no había llegado su hora de morir, un tema familiar en el resto del Evangelio de Juan (Juan 11:9, 10; cf. Juan 9:4; 12:35; 17:4).

Mientras Jesús se demoraba, Lázaro murió. Cuando Jesús llegó a Betania, Marta, la hermana de Lázaro, salió a su encuentro. Expresó sus preguntas y dudas y afirmó su fe en la resurrección. "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará" (Juan 11:21, 22). La declaración de fe de Marta en la resurrección y en Cristo, el Salvador del mundo, es otro testimonio confirmador en el Evangelio de Juan.

La otra hermana de Lázaro, María, fue atendida por muchos dolientes; algunos de ellos habían venido de Jerusalén al enterarse de la muerte de Lázaro. Estos dolientes tenían dudas en sus mentes: *Si Jesús puede abrir los ojos de los ciegos, ¿no podría haber evitado que este hombre, un amigo personal cercano, muriera?*

Al llegar a la tumba de Lázaro, Jesús pidió que se quitara la piedra. Se planteó la preocupación de que el cuerpo apestaba después de cuatro días. Este es un punto importante. ¡Este hecho necesitaba ser notado para verificar que la resurrección no fue un truco! Lázaro estaba verdaderamente muerto. Y realmente resucitó.

Juan eligió incluir este milagro en su Evangelio porque señalaba a Jesús como el Dador de Vida. El milagro tuvo lugar para la gloria de Dios y la gloria de Su Hijo (versículo 4). Fue un fuerte apoyo para el tema de Juan de que Jesús es el Hijo de Dios y que al creer, podríamos tener vida a través de Él (Juan 20:30, 31).

La alimentación de los cinco mil, la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro generaron dos respuestas básicas. Algunos creían en Cristo como el Salvador del mundo, y otros usaron estos eventos como razones para planear su ejecución en la cruz. La evidencia era clara, pero los corazones endurecidos se negaban a creer.

La misma evidencia nos confronta hoy. El Evangelio de Juan plantea las preguntas más importantes que jamás reflexionaremos. ¿Estaremos con Jesús? ¿O nos opondremos a Él? Unámonos del lado de nuestro Salvador.